

EDUARDO J. PRIETO NACIÓ EN BUENOS AIRES, el 17 de mayo de 1916. Creció en una casa ubicada en la calle Córdoba, en la manzana donde, años más tarde, se edificaría el Hospital San Martín. Determinismo geográfico o mera coincidencia, dio sus primeros pasos hacia la fecunda carrera filológica que estas páginas procuran homenajear a partir de la renuncia a una primera y acaso perdurable vocación: la medicina. En épocas de altos aranceles, en un país siempre propenso a las penurias económicas, resignó esa vocación para inscribirse en la carrera de Filosofía, de donde egresó con Diploma de Honor en 1944. Sin embargo, las coerciones sociales no lo hicieron desistir de sus objetivos; supo integrar los conocimientos científicos a su visión humanista. Quienes tuvimos la gran dicha de ser sus alumnos y colegas debemos agradecerle no sólo la rica y múltiple visión del hombre que Prieto no ha cesado de transmitir, sino también la lucidez y firmeza de cada una de sus elecciones vitales. Porque sabe que entre los muchos caminos posibles sólo uno avanza en línea recta, dijo no cuando la condición para conseguir un cargo de profesor en Buenos Aires era firmar una adhesión al gobierno, y esa negativa le valió el inicio de su carrera docente en el Instituto del Profesorado Secundario de Catamarca, junto a su entrañable amigo Norberto Rodríguez Bustamante y a otros apreciados colegas, víctimas de la misma discriminación ideológica y política. Ellos fueron, sin embargo, quienes a partir de esta circunstancia adversa sentaron las bases de la actual Universidad Nacional. Dijo no cuando, dieciocho años después, el golpe de estado de 1966 lo sorprendió en Europa como becario de la Universidad del Litoral y se negó a cumplir ante autoridades ilegítimas las obligaciones contraídas con una administración legítima, a pesar del posterior juicio y de los años de aislamiento que eso le significó. También supo decir no cuando en 1973 y en circunstancias políticas que podían favorecerlo rechazó la invitación de la Universidad de Buenos Aires para dictar –contrariando sus más profundas convicciones– un curso de Literatura y Cultura Latina que prescindía nada menos que de la enseñanza del latín.

Sobrio, sencillo, frontal, como su protagonista, el curriculum de Eduardo J. Prieto enumera los años dedicados a la enseñanza de la lengua y cultura lati-

nas en las Universidades de Rosario, de La Plata, de Buenos Aires, del Salvador; los cargos directivos y consultivos desempeñados en prestigiosas instituciones del país; la publicación de trabajos originales, que le valieron la atención de filólogos de renombre internacional como Jules Marouzeau. Su curriculum da cuenta también de una extensa lista de traducciones, parte de éstas llevadas adelante en el breve pero fructífero período durante el cual, en colaboración con Ramón Alcalde, impulsó la colección de la Biblioteca Clásica de la Editorial Paidós. Y da cuenta, además, de la laboriosa preparación de ediciones comentadas de Ovidio y de Petronio, *remedia* si no del amor, de dolorosos pero siempre dignos años de silencio. En la actualidad, alejado de la docencia oficial, *haud sponte sua*, no deja de guiar a los más jóvenes y de dirigir grupos de entusiastas neófitos deseosos de aprovechar su acendrada sabiduría. Que otros apliquen cálculos babilónicos a la medición de estos datos, y juzguen el valor de una vida dedicada al estudio y al trabajo científico a partir de mezquinas sumas y restas. Estudioso de la poesía antigua y sabedor de su hechizo —de ese hechizo que lo sedujo e internó por los senderos de la forma poética— Prieto no dudaría en negar con Catulo la aplicación del número a realidades intangibles.

Pero la condición de humanista de Prieto va más allá de lo puramente intelectual; se manifiesta en las formas entrañables de la amistad, en su generosa sencillez, en su humor irónico y cordial, en la cortesía y el fervor que vuelca en amigos y discípulos. Por eso, Prieto no puede ni debe ser reducido al ejercicio de funciones y cargos. Su amor a la enseñanza y al estudio no es en él sino un aspecto superior de su sociabilidad. Prieto enseña comunicando su probidad intelectual, su pasión por el saber, lo que hace de su lección una experiencia de felicidad compartida. De esto damos fe todos aquellos que tuvimos el privilegio de ser sus colegas, sus amigos y sus discípulos. Y es, precisamente, por todo eso que quisimos manifestarle nuestro respeto y gratitud: por su itinerario rico y accidentado a la vez, el único posible para un intelectual argentino sin claudicaciones. Trayectoria tan admirable como cualquiera de aquellas clases en las que, apiñados en aulas multitudinarias, o en seminarios dictados alrededor de una mesa siempre exigua, escuchábamos deslumbrados y fervorosos la voz del maestro que develaba para nosotros las honduras insospechadas de un giro sintáctico o el misterio de un esquivo fragmento de Nevio. Eduardo J. Prieto supo desbrozar y cultivar, entre malezas, ese jardín que pervive en nuestros corazones y desde donde se han escrito estas páginas.